

EL MACIZO DE SANTA MARTA, TESORO INCALCULABLE

Por: Mayor CARLOS DEL CAIRO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 77-78, Volumen XXI
Primer Semestre de 1963*

En verdad la naturaleza nos ha brindado a los colombianos maravillas extraordinarias que no hemos sabido catalogar en su justo valor.

Pero ya es hora de que las apreciemos, de que las redescubramos para aprovechadas y para sacarle todo el beneficio económico que su belleza o su situación geográfica o la espontánea riqueza de su suelo puedan ofrecer.

Una de estas maravillas de incalculable valor, desde el punto de vista turístico, agrícola y climático, es el Macizo de la Sierra Nevada de Santa Marta, que baña sus plantas en el mar, agita sus níveas cumbres en las nubes y extiende sus faldas hasta feraces valles tropicales, húmedos de limo y de riqueza agrícola y ganadera, mientras por sus laderas corren riachuejos rumorosos que podrán constituir otra fuente de riqueza: la hidráulica.

Si se construyera una buena carretera desde Santa Marta hasta las nieves de la Sierra, se abriría un filón incalculable de riqueza al vender a precio de oro, porque bien lo valdría en algunos trechos, la franja de un kilómetro a lado y lado de esta carretera, ya que en los climas intermedios, cuántos millonarios extranjeros querrían tener una mansión de veraneo, en donde, al mismo tiempo que disfrutaran desde la altura de un paisaje marino incomparable, pudieran bajar a la playa en dos horas, o subir a las nieves en tres, ¿ En qué otra parte del mundo se puede ofrecer ventaja igual? Y nosotros no hemos sabido aprovecharla, la hemos despreciado, la hemos subestimado tontamente y todavía nos lamentamos de nuestro subdesarrollo.

¿Pero, qué esperanza si teniendo el diamante en bruto en nuestras manos, no somos capaces de tallarlo o de hacerlo tallar, para hacerlo apreciar en todo su valor? Este macizo de la Sierra Nevada, así como está, es como un gigantesco diamante en bruto que tenemos en nuestro haber nacional y que estamos en mora de hacerlo tallar cruzándolo con varias carreteras ascendentes y circunvalares que devolverían, seguramente, el ciento por uno del capital invertido en construirlas, ya que, como antes se dijo, muchas hectáreas de terreno al lado de la carretera, que ahora, en medio de la selva y de la montaña, no valen casi nada, valdrán decenas de veces más su irrisorio valor actual, al quedar en privilegiados sitios intermedios o en maravillosos sitios extremos, ya que todos tienen sus ventajas, sea curativas para dolencias orgánicas, sea de placer para los amantes del mar o de la nieve.

Y qué vida tan extraordinaria se daría a las ciudades incipientes de hoy, emporios de riqueza turística mañana: Santa Marta. Fundación, Ciénaga, Riohacha, Dibulla, por el lado del mar; Fonseca. Villanueva. Carraipia, Maicao, Valledupar, Codazzi, por el lado interior; y qué incremento extraordinario para la afluencia turística del interior hacia el macizo y qué dólares que entrarán con turistas del mundo entero que vendrían a gozar de esta maravilla hasta ahora inexplorada.

Somos, desgraciadamente, los responsables y los gestores de nuestro subdesarrollo, pues malgastamos tristemente gigantescas energías en minúsculas rencillas políticas; nos estorbamos y obstaculizamos unos a otros irnpidiéndonos mutuamente toda posibilidad de progreso, mientras estas extraordinarias obras, que nos darían millones, esperan que llegue el día en que alguien las haga realidad; pero esto, acaso, solamente irá a suceder cuando la paz de los sepulcros reine sobre las tumbas de estos belicosos e inútiles politiqueros.

Pobre patria la nuestra: tiene tántas maravillas y tántas riquezas en potencia, pero nosotros, sus hijos, no somos capaces de encauzar nuestra energía para aprovecharlas; y en lugar de aunar esfuerzos para trabajar en común, para hacer de nuestro país una nación grande, rica y desarrollada, nos dedicamos a inculpamos y a atacamos unos a otros para saber quién es el responsable del subdesarrollo: pero como nunca se encuentra a este responsable, ahí nos estancamos y de ahí no pasamos, pudiendo mostrar entre muchísimas esa prueba patente; la del gigantesco macizo de la Sierra Nevada, ofreciendo posibilidades ilimitadas de riqueza y esperando siglos y siglos que alguien se decida a hacer el esfuerzo necesario para aprovecharlos, pero por inercia culpable nunca tornamos la iniciativa para conseguirlo e inclusive dejamos pasar excepcionales oportunidades, porque en realidad en estos momentos hay varios países ofreciendo

capitales para invertirlos en el nuestro que tiene tan gran futuro si se encauzan las energías nacionales hacia la búsqueda de un ideal ambicioso de superación.

Dejémonos de patrioterías ridículas temiendo la inmigración de gentes extranjeras a nuestra patria y abrámosle las puertas a esos capitales y a esas energías, pues seguramente sólo nos reportará riqueza la explotación de nuestras riquezas, si con las experiencias adquiridas se sabe legislar con justeza, con cordura y con serenidad sobre las condiciones de aceptación de los empréstitos y las inversiones extranjeras con destino fijo. Y en este caso, la riqueza turística es la más fácil de controlar contra la avaricia del extranjero, si es que prestó el capital con mala intención, pues el paisaje nadie se lo puede robar y allí permanecerá inmovible y eterno como ha permanecido desde el comienzo de los tiempos; antes bien: carreteras, luces, jardines, piscinas, quintas y alamedas, lo harán más bello y más civilizado.

Volvamos la vista hacia el macizo gigantesco; ya construimos el ferrocarril hacia la ciudad-bahía, ahora hagamos la carretera en espiral hacia las cumbres nevadas.

Pensemos en grande, hagamos grandes, gigantescos proyectos y propongámonos a realizarlos. Seguro que empresas extranjeras se ofrecerán para construir esta obra maravillosa, en determinadas condiciones; estudiemos esas condiciones, discutámoslas hasta hacerlas aceptables y justas y esperemos su realización, pero no sentados, sino pensando y trabajando en otras obras también grandes, también enriquecedoras, ya que tenemos tantas posibilidades en ésta nuestra patria dotada por la naturaleza de tantas maravillas.

El macizo de Santa Marta será la Meca del Turismo en América y podrá, con su centro principal en la hermosa bahía irradiar turistas ya hacia el mar en partidas de paseo y de pesca hasta las costas de la Guajira, o las diferentes ciénagas; ya hacia la región autóctona e interesante de la Zona Bananera, con sus kilómetros cuadrados de plantaciones del delicioso "banano", con sus negros de tradicionales costumbres indo-africanas: ya hacia las nieves de la Sierra o hacia las tribus indígenas de los Arhuacos, exóticos y reconcentrados en su vida primitiva; ya hacia las tierras de la Guajira, ricas en curiosidades por sus indígenas, su clima ardiente como el de Arabia y su paisaje a veces desértico y, en fin, ya hasta el Lago de Maracaibo, a través de la frontera colombo-venezolana por Maicao y Paraguaipoa.

Para explotar, pues, estas riquezas, sólo hace falta que sacudamos este marasmo tropical que nos envuelve como pesada telaraña y nos decidamos a salir del espontáneo subdesarrollo a que

nosotros mismos nos hemos condenado por inertes y abúlicos y con mano firme y voluntad resuelta nos lancemos a la conquista y laboreo de estos maravillosos recursos geográficos con que la naturaleza nos ha regalado.

